

logrado incrustarse en el cerebro, limitadamente hospitalario, la noción del Uruguay asociándola con un concepto más asequible y más sencillo: las lenguas de Paisandú. Ni aun con los brevariarios de bondad y arte insuperable que escribió en lengua inglesa William H. Hudson, nacido, según se dice, en tierras del Plata, lograron los ingleses enterarse de la verdadera significación de este nombre lleno de fascinaciones irresistibles. Hudson, en el más bello de sus libros, haciendo protestas de patriotismo británico, da gracias a la sabia Naturaleza y al esfuerzo de las gentes del Plata que evitaron con empeño la conquista del Uruguay por los marinos y soldados británicos. Como resultó infructuosa la doble tentativa, los ingleses observaron su método histórico: se olvidaron de que habían codiciado esas regiones. Virtud incomparable de las gentes británicas, a la cual deben la mayor parte de sus éxitos. Ellos mismos lo dicen: «Somos duros de vencer, porque nosotros mismos no sabemos cuándo estamos vencidos».

Ni los libros de Hudson, ni los esfuerzos de los uruguayos en busca de la libertad política bastaron para traspasar el yelmo de triple espesor bajo el cual conserva el europeo sus antiguas nociones. El Uruguay ha hecho sorprendentes ensayos en asuntos sociales; con un vivo sentido de las realidades políticas modernas, ha modificado su Constitución; ha implantado reformas de trascendencia en su vida civil dignas de imitación y de elogio. En Europa seguían hablando de una República sudamericana de donde solían venir lenguas de Paisandú y cargamentos de cacahuete.

El ejecutivo plural era un tema ignorado: la nacionalización del seguro una utopía como hay tantas. La vida y las obras de José Enrique Rodó eran motivo de curiosidad para dos o tres literatos enfermos de la culpa dolencia del exotismo. El Uruguay era casi desconocido: como el Japón cuando ostentaba las obras de sus mejores pintores; pero un día inesperado el Uruguay mandó a Europa sus jugadores de football: un trabajo de preparación científica, desarrollado de acuerdo con las finalidades en mira, una disciplina en que se aúnan la capacidad de reaccionar individualmente sin perder de vista las exigencias del empeño colectivo; la implantación del sistema cooperativo en el desarrollo de un hermoso deporte, les dieron a los uruguayos un triunfo completo en los Juegos Olímpicos de París sobre adversarios no menos preparados. Desde ese momento el Uruguay, como el Japón, ha venido a ser un pueblo civilizado. Ha venido a mostrar, como los nipones, que por medio del esfuerzo organizado puede vencer al hombre de Neardenthal, y con esfuerzo menor, pero más laudable, que la batalla de Mukden, ha ocupado un puesto en la imaginación obesa y asmática del *homo sapiens* que en seis años no ha sido capaz de restablecer la paz en un mundo quebrantado por todo género de miserias físicas, ni ha logrado comprender a fondo el pensamiento que presidiera a la creación de la Sociedad de Naciones.

Pero hay más aún. La prensa inglesa del momento, analizando el resultado de los Juegos Olímpicos recientes, llega a la conclusión de que, en efecto, este certamen, lejos de contribuir, según se esperaba, a estrechar los lazos de amistad entre los pueblos y morigerar las asperezas de los varios nacionalismos europeos, ha venido a exacerbar las diferencias entre pueblo y pueblo. La misma prensa explica el éxito dudoso de los Juegos Olímpicos, por medio de consideraciones llenas de candor y no exentas de orgullo ofendido. Los Juegos Olímpicos, dicen los diarios de Londres, han tenido el resultado de exasperar las diferencias de pueblo a pueblo, porque los latinos, los eslavos, los orientales ignoran las actitudes que debe tomar el vencido. Solamente los ingleses saben sobrellevar la derrota. Los latinos carecen del sentido del humor en

la cantidad requerida para soportar con buena cara los golpes de la suerte.

Todas estas psicologías estarían en su puesto si los ingleses no hubieran tomado parte en los Juegos; pero, vencidos como han sido en muchos juegos, o vencedores, como han resultado en otros, este género de observaciones, al acabar el certamen; estas insinuaciones acerca de la conducta del adversario vencedor o vencido, delatan justamente en los ingleses la carencia de humor señalada por ellos en la gente latina y la incapacidad de poner buena cara ante el vencedor en franca lid. Es como si dijeran: «Tú no puedes dolerte de haber perdido porque eres latino; ni te está permitido ostentar tu victoria, porque no eres sajón: nosotros, siendo ingleses podemos, al terminar la partida, hacer consideraciones desobligantes sobre el juego de nuestros adversarios, sin recurrir por eso en el reproche de no ser *sportmen*».

B. SANÍN CANO

Madrid, agosto de 1924

## Pies y cabeza

(De *La Voz*, Madrid.)

LA derrota de los futbolistas españoles en París ofrece ocasión al observador de las costumbres para hacer algunas reflexiones. Lo de menos es que hayan perdido, si han jugado bien, como parece. El afán excesivo de vencer está amenazando despojar a los deportes de su nobleza. En el código moral y estético del deportista, la regla debe ser esforzarse en jugar bien antes que esforzarse en ganar. Ganar es el premio del buen juego, si no se interpone la fortuna.

En esto consiste la nobleza de los deportes puros, que se practican por aficionados y no por profesionales, lo cual significa que está excluida de ellos la utilidad. En las competencias en que interviene la utilidad, la lucha es áspera y el fin se impone a los medios, a pesar de las restricciones morales. La moral del procedimiento está muy en peligro en tales contiendas. Mas una actividad desinteresada como el deporte debe aspirar a la perfección más que al éxito. Su recompensa está en sí misma. Es ante todo juego, procedimiento. De ahí el culto, teórico al menos, al *fair play*, al juego limpio y leal, que resulta empañado cuando se pone en el ejercicio demasiado apasionamiento por el resultado. Se desnaturaliza el sano espíritu del deporte cuando los campos de juego se convierten en campos de Agramante, en que la vanidad nacional o regional o las simpatías hacia un grupo alteran la imparcialidad del espectador y la que también deben tener los árbitros y los jugadores mismos.

La fiebre de los deportes ha invadido el mundo y ha llegado a España antes y mejor que otras influencias internacionales más importantes. Ya en los periódicos las planas deportivas ocupan mayor espacio que la crónica de las corridas de toros. El comercio de los artículos de deportes ha adquirido un desarrollo considerable, y, como se ha hecho notar muchas veces, porque es un hecho de evidencia inmediata, los chicos juegan al fútbol en vez de jugar al toro, mostrando las aficiones de la nueva generación. Juegan hasta con exceso. No se puede dar un paso por las calles sin tropezar con un partido, en que los hombres de lo por venir, con la imprudencia propia de la infancia, convierten en estadio la vía pública. ¿Qué debemos pensar de esa afición o manía de los deportes, particularmente del fútbol? No debemos lamen-